

que dan deseos de ofrecerles una saya un poco más saya, tanto para defender al pobre cuerpo de las pulmonías que en este tiempo abundan, cuanto por evitar los malos ratos que con estas modas hacen pasar a *Doña Decencia*, que, por lo menos, se constipa, y a *Don Buen Gusto*, que se ausenta por completo. Infelices víctimas de la moda, que hacen buena la expresión de cierto amigo mío, que decía que, si a un modisto de París o Londres le pareciera bien que cada señorita llevase un asno sobre la cabeza, pronto nos veríamos apurados si quisiéramos encontrar una caballería en tierra. Desde luego, las tales no estaría de más que pensasen en *vestir al desnudo*, sin cuya obra de misericordia, de poco les aprovecharán las otras. ¡Cuán diferente esta egoísta y estúpida filantropía, de la verdadera caridad, que llora con el que llora!

Pero esto huelga tratándose de usted, cristiano de pura raza, a quien, si refiero lo anterior, no es sino para que vea el ridículo y despreciable papel que hace quien procede de esta manera. Mas, con todo, insisto en lo que primero le decía. Es necesario, antes que en los pobres, pensar en nosotros; antes que a aquéllos, procurar vestir a nuestra alma, verdadera pobrecita, que Dios nos ha confiado y que no podemos consentir perezca de frío, ni muestre a los demás sus llagas y miserias. Una vez ataviada, ella misma nos pondrá en condiciones de hacer bien a los demás.

A. DE RUEDA.

(Continuará)

La Venerable Orden Tercera de S. Francisco

Es digno de notarse el deseo de los seglares por la perfección religiosa. Ha puesto Nuestro Señor Jesucristo en